

(II)

Grupo de los bielorrusos o blancorrusos (pasados a dominio ruso)

Lituania y Polonia fundieron sus fronteras durante varios siglos, y tras los repartos de Polonia del siglo XVIII, la parte de Bielorrusia pasaba a dominio de Moscú. Políticamente han sufrido, como hemos dicho ya, diversas variaciones nacionales. Primero agrupados como independientes en torno a su capital política y religiosa, Kiew; luego sometidos a Lituania en el siglo XIV, y absorbidos más tarde paulatinamente por Polonia, a la que quedaban incorporados en una gran mayoría en 1501. Ya bajo dominio polaco, los obispos ruthenos rompían definitivamente con Moscú, y en Brest Litowski, pueblecito situado en los confines de Lituania y Polonia, decidían la unión con Roma. Conservarían en toda su integridad el rito bizantino.

Pero esta unión iba a sobrevivir muy poco a la desgracia de la misma patria polaca. Cuando Rusia se atribuyó la parte del león en los despojos de la desmembrada Polonia, Catalina II prometió solemnemente que sería concedida plena libertad religiosa a las provincias nuevamente anexionadas al imperio ruso, a todos los católicos polacos de uno y otro rito.

Los siguientes soberanos no supieron cumplir esta promesa. Cuando Nicolás I subió al trono quedó decidido el fin de la unión. En 1839 era decretado y ejecutado a mano armada en los gobiernos de la Rusia blanca (Bielorrusia), y más tarde, en el 1840 y 1865, en el reino de Polonia. En la formal violación de las conciencias y aun sangre de los mártires, era la fe católica extirpada y arrancada al pueblo. Cientos de miles de paisanos ruthenos eran oficialmente declarados ortodoxos. La unión era vencida en todas las posesiones del imperio. De la catástrofe general tan sólo se salvaría

en su mayor parte la Galitzia, de la que hablaremos luego en particular, por haber sido incorporada en el reparto al imperio de Austria¹³.

Bielorrusos católicos de rito latino

La situación de la Iglesia católica, tanto uniata como latina, en la Bielorrusia rusa y polaca, difiere considerablemente de su situación en otras Repúblicas soviéticas o controladas por los comunistas. Las razones de ello se encuentran arraigadas en la historia: por consiguiente, para obtener una información apropiada de la situación de la Iglesia católica en Bielorrusia, debemos recordar las principales líneas de la política zarista en este campo, pues el Gobierno soviético posterior no había de seguir más que esa misma política con sus medidas particularmente anticatólicas.

La actitud del gobierno zarista para con los católicos de Bielorrusia fue francamente hostil, pues a su juicio constituía el principal obstáculo para la rusificación plena de toda la zona. Esta era la razón de la hostilidad intransigente del gobierno zarista ante la Iglesia católica oriental o uniata, cuyos miembros en parte habían abrazado el catolicismo, abandonando la anterior ortodoxia, para verse así libres de una ulterior rusificación. Por eso mismo era abolida en 1839 de modo oficial por las autoridades zaristas, quedando tan sólo cierta libertad de acción para los católicos de rito *latino*. Los sermones en bielorruso fueron severamente prohibidos, tanto en la Iglesia ortodoxa como en la católica; en ésta sólo podían ser pronunciados en polaco, abriendo de este modo el camino para la polonización de los católicos bielorrusos.

El gobierno zarista procedió con particular severidad contra los monasterios católicos, que fueron cerrados por un edicto del 19 de julio de 1831. Las siguientes cifras darán alguna idea del daño que dicho edicto causó: en 1804 tenía Bielorrusia 285 monasterios con un total de 2.735 monjes, y 42 conventos con 617 monjas (en total, 23 órdenes monásticas de hombres y 11 de mujeres)¹⁴. Con la excepción de un solo convento benedictino, todos fueron gradualmente clausurados. Cada año se cerraban más y más parro-

¹³ LENCYK, W.: *The Eastern Catholic Church and Zar Nicolas I*, Roma, 1966, p. 148; VAL AM VAM DER: «De Strijd de Kloosters van de Latijnse Ritus in Rusland en in Polen onder de regering van Tsar Nicolaus I», *Het Christelijk Oosten*, 1957-58, 107-117.

¹⁴ Véase *Vicisitudes de l'Eglise catholique des deux rites en Pologne et en Russie*, escrito por un sacerdote de la Congregación del Oratorio, vol. II, París, 1843, 176.

quias, y este movimiento alcanzó una escala masiva después del 1863. En el período 1864-1867 se cerraron 14 monasterios, 55 iglesias parroquiales, 23 iglesias asociadas y 48 capillas en las provincias de Vilna y Grodno solamente¹⁵.

En 1869, mientras la diócesis católica de Minsk era abolida, las de Vilna y Mohilev, que pocas veces habían tenido obispos ordinarios, eran gobernadas por vicarios capitulares o administradores provisionales. La residencia del arzobispo de Mohilev fue trasladada a San Petersburgo, a lo que siguieron en 1843 la Academia y el Seminario teológicos.

En 1917 la diócesis de Vilna estaba gobernada por un administrador apostólico, el padre Kazimir Michalkievich, puesto que el obispo monseñor Eduardo von der Ropp se hallaba en el exilio desde 1907. Aparte de Bielorrusia, la archidiócesis de Mohilev cubría vastas zonas de Rusia, Ucrania, Letonia, Estonia y Finlandia, y era gobernada desde 1914 por el vicario general Jan Cieplak. Era de rito latino¹⁶.

Después de 1905 el régimen ruso se había puesto sobre aviso para prevenir cualquier signo de bielorusificación en la vida religiosa; pero, a pesar de sus esfuerzos, el movimiento de liberación bielorruso fue ganando terreno. En 1905, cuando el gobierno zarista publicó el Manifiesto de Tolerancia, comenzó un definitivo renacimiento en los círculos católicos bielorrusos. Hacia 1907, destacados bielorrusos, ayudados por el metropolitano uniata, arzobispo de Lvov, Andrés Szeptickyj, ya se proponían restaurar en Bielorrusia la Iglesia católica uniata. Sin embargo, los terratenientes polacos se enteraron del plan e informaron al gobierno, que inmediatamente lo detuvo. Empero, en otras esferas de la vida religiosa, ese movimiento de liberación continuó ganando terreno. En 1911 un club bielorruso funcionó durante un tiempo dentro del Seminario de Vilna. En 1912 se fundó un club similar en la Academia de San Petersburgo, y continuó funcionando hasta que la Academia fue clausurada en 1918. En 1913 se inició la publicación del diario católico bielorruso *Bielarus*, a la que siguió en 1916 la del *Svietac*. Algunos sacerdotes comenzaron a pronunciar sus sermones en bielorruso también¹⁷.

¹⁵ LESCOEUR: *L'Eglise Catholique en Pologne sous le gouvernement Russe*, vol. II, París, 1876, 584; ídem, *La persécution de l'Eglise en Lithuanie et particulièrement dans le Diocèse de Vilna*, París, 1873.

¹⁶ Véase GATTI CARLO-KOROLEVSKIJ, Cirilo, período latino (1441-1896), en su obra *I Riti e le Chiese Orientali*, 779-851.

¹⁷ HAROSKA LEU: «La Iglesia Católica Romana en la RSS de Bielorrusia», en *Religión y antirreligión en el mundo ruso*, Buenos Aires, 1967, 135-137.

La revolución de febrero de 1917 levantó todas las restricciones religiosas, y a pesar de la amenaza del ateísmo que avanzaba, se produjo una intensa restauración en la vida católica en todo Bielorrusia. El clero católico de esa región reunió un primer Congreso en Minsk el 24 y 25 de mayo de 1917, y urgió el uso general del idioma nacional en los sermones, catecismos y actos religiosos. La influencia del clero con criterio nacional aumentó muchísimo, apoyada por el hecho de que el 25 de julio de 1917, Eduardo von der Ropp, antiguo obispo de Vilna, volvía del exilio para ser designado metropolitano de Mohilev. El nuevo metropolitano se mostró en general muy favorablemente inclinado al movimiento católico bielorruso, y en julio de 1917 impuso oficialmente el uso del idioma nacional en los sermones y catequesis. La Santa Sede restauraba la diócesis de Minsk, nombrando su obispo al canónigo Zygmunt Lozinski, un polaco que no se manifestó hostil a los bielorrusos. Era el mismo año 1917. Y en octubre de 1918 Jury Matulevich, un lituano que se hallaba muy bien dispuesto hacia los bielorrusos, fue designado obispo de Vilna. En Minsk se abrían un Seminario y una Academia teológica. Pero al mismo tiempo comenzaban las medidas restrictivas y aun persecutorias de las nuevas autoridades bolcheviques, que habían sucedido a las zaristas. Los intentos del pueblo bielorruso para asegurar la independencia de su República, anunciados el 25 de marzo de 1918, finalizarían en una tragedia. Terminada la guerra mundial y firmados los acuerdos de Versalles, la histórica Bielorrusia quedaba dividida en dos partes: la *Oriental* seguía con el Estado ruso, y la *Occidental* pasaba a formar parte del renacido Estado polaco. Hemos de analizar la historia de la Iglesia católica, sobre todo de la uniata, en ambas Bielorrusias, la rusa y la polaca.

El año 1919 fue un año sombrío para la vida religiosa bielorrusa, pues el primer día de ese año se anunciaba la creación de la República Soviética Bielorrusa de Smolensk. Poco después se iniciaría la guerra soviético-polaca, que se desarrollaría principalmente sobre territorio bielorruso. Los bolcheviques aprovecharon la ocasión para detener al clero polaco católico. El 16 de abril de 1919 era detenido el arzobispo metropolitano Von der Ropp, y la administración de Mohilev se encargaba temporalmente a Jan Cieplak. En agosto de 1919 las tropas polacas presionaron sobre las rusas hacia el Este, ocupando una buena parte de Bielorrusia; pero en el verano de 1920 hubieron de retroceder hasta la misma Varsovia. Más tarde la línea del frente se estableció a través del centro de Bielorrusia, y el 18 de marzo de 1921 se firmó un tratado de paz entre la Unión Soviética y Polonia en Riga, de

acuerdo con el cual Bielorrusia fue dividida entre los dos Estados contendientes. Desde entonces los bolcheviques tuvieron ya las manos libres para su acción atea en la Bielorrusia soviética. Para subvenir al hambre que se había declarado en diversas zonas de Rusia, el 27 de diciembre de 1921 publicaban un decreto de confiscación de todos los objetos eclesiásticos de valor, aunque la medida había de tenerse como un simple y audaz saqueo. La medida había de ocasionar numerosas detenciones y aun ejecuciones en masa.

Siguieron otros decretos francamente antieclesiásticos sobre los bienes de la Iglesia, en particular iglesias y capillas, que los sacerdotes católicos se negaban a admitir. Para doblegar su resistencia, las autoridades soviéticas cerraron todas las iglesias y capillas católicas de Petrogrado, con excepción de la iglesia francesa. Se cerraron asimismo algunas otras en el resto de Bielorrusia. El saqueo de los templos continuó durante el año 1922, contra la resistencia de los fieles, que defendían sus iglesias y sus objetos de valor. El 21 de marzo de 1923 organizaron los bolcheviques en Moscú el juicio espectacular contra el arzobispo Cieplak y 14 de sus colegas cercanos, incluyendo algunos bielorrusos, que finalizó en una sentencia de muerte para el arzobispo y su vicario general, Konstantini Budkievicz, aunque posteriormente la sentencia del primero fue conmutada por prisión y más tarde se le desterró de la URSS. En cambio, su vicario Budkievicz fue fusilado el 30 de marzo.

Tras la partida del arzobispo Cieplak, los católicos bielorrusos de rito *latino*, pues en la Bielorrusia soviética no estaban permitidos los de rito bizantino, se quedaron ya sin jerarquía. Aunque los católicos siguieron teniendo en particular una vida piadosa muy activa. Pero la situación iba empeorando al encontrarse sin pastores propios y con escasez de clero. Habían sido arrestados muchos de sus sacerdotes y algunos de ellos perecieron en las cárceles o en los campos de concentración. Otros muchos fueron deportados a Polonia, Lituania y Letonia, canjeados por significados comunistas de aquellas regiones. Otros muchos se habían establecido definitivamente en Polonia durante la guerra con los soviets. Según las estadísticas de monseñor Von der Ropp, para 1928 tan sólo había 88 de los 324 que había anteriormente en la diócesis de Mohilev. De estos 88, seis se hallaban encarcelados; de los demás, 151 se encontraban en los países vecinos. En todo caso, el peligro más grave para esta Iglesia católica latina de Bielorrusia era la falta absoluta de propia jerarquía. Ante esta situación la Santa Sede decidió

proveer con una jerarquía *secreta*, y dotó a la sede de Mohilev de una administración apostólica. Se nombraba su administrador apostólico a monseñor Boleslao Sloskans para las sedes de Mohilev y de Minsk. Aunque los católicos no pudieron conocer a su nuevo obispo hasta el 14 de noviembre de 1926. Sería consagrado en el más riguroso secreto por un obispo enviado desde Roma y consagrado a su vez en el más absoluto secreto también. Era el jesuita Miguel D'Herbigny, consagrado secretamente en Alemania por Eugenio Pacelli, el futuro Pío XII. Monseñor D'Herbigny llegaba a Rusia de incógnito, y en 1927 consagraba secretamente a cinco obispos para todo el territorio de Rusia. De ese grupo se desconocería muy pronto la suerte de monseñor Slikovsky, designado para Vladivostock; monseñor Antony Maletsky moría poco después de su consagración; monseñor Matullionis, designado para Leningrado, fue arrestado poco después y deportado a Solovki, y en 1934 a Lituania, donde sería nuevamente arrestado en 1946. Luego sería deportado a Siberia. También se desconocería la suerte del obispo Trizon, nombrado para Moscú. Por fin, monseñor Boleslao Sloskan, nombrado administrador de Mohilev y Minsk, fue arrestado también en 1927, pasando siete años en la prisión de Lubianska, en Solovky y en Siberia, hasta que fue canjeado en 1933, en calidad de extranjero, por dos comunistas destacados. Fue desterrado de Rusia después y marcharía a Roma¹⁸. Una vez más se hallaban vacantes todas las sedes católicas de Rusia y Bielorrusia. Con ello la cristiandad católica iba disminuyendo notablemente ante las inintermitidas presiones de las autoridades soviéticas. Desde 1929 se procedió ya con mayor celeridad en la clausura de las iglesias católicas. Para 1930 se encontraban cerradas ya el 50 por 100 de las anteriormente existentes. Pío XI protestaba contra este estado de persecución en el 1930, y como reacción, los bolcheviques intensificaron su campaña persecutoria. Para 1931, según las estadísticas de monseñor Von der Ropp, sólo quedaban en Bielorrusia 46 sacerdotes católicos latinos.

Bielorrusos católicos de rito oriental

En un párrafo anterior nos hemos fijado en los bielorrusos pasados a dominio ruso, que después de algún tiempo pasaron con Siemasko a formar parte de la Rusia oficial ortodoxa. Ahora veamos la suerte de los pocos

¹⁸ TEODOROVICH NADEZHDA: «Los católicos romanos», en *Religión y antirreligión en el mundo ruso*, Buenos Aires, 1967, 123-124.

católicos que prosiguieron fieles en los primeros tiempos con algunos de sus obispos propios.

La única eparquía uniata de Polotsk y su paso a la ortodoxia

Un ukase imperial de 1772 sometía todos los documentos pontificios a un riguroso control del *Exequatur* imperial, y tan sólo conservaba una sola eparquía ruthena católica, la de Polotsk. Se prohibía todo proselitismo ulterior, al menos a los católicos, y sus asuntos internos quedaban sometidos al Colegio ministerial de Justicia y al Senado Supremo oficial. No fue posible conseguir para estos bielorrusos una sede más, a pesar de las gestiones en San Petersburgo del nuncio apostólico en Polonia, Juan Andrés Archetti.

Los repartos de 1793 y 1795 concedían a Rusia todo el resto de las provincias polacas ruthenas, menos Galitzia, concedida anteriormente a Austria, y la región de Chelm, que lo sería en 1795, también anexionada a Austria. Catalina II suprimía de un plumazo las sedes episcopales de Vladimir, Lutsk, Pinsk-Turov, sometiendo a todos los católicos ruthenos, como hemos dicho, a sola la eparquía de Polotsk. Pablo I se demostró un poco más condescendiente con los católicos latinos, pero nada se pudo conseguir en favor de los bielorrusos unidos en la misión del último nuncio de Varsovia, Lorenzo Litta, en 1797, con su visita particular a San Petersburgo.

Al quedar restablecido en el 1815 el antiguo reino de Polonia, pero bajo el control directo de los zares rusos, muy poco ganaron los bielorrusos católicos de rito oriental. El metropolitano rutheno católico, que siempre conservaba el título de Kiew, solía residir en Radomysl, de Ucrania. Y en el segundo reparto polaco de 1793 había quedado también dentro del dominio ruso. Era metropolitano entonces Teodosio Rostotskyj (1787-1805). Catalina II lo hacía ir a San Petersburgo, con prohibición de salir, y sin autoridad real de jurisdicción metropolitana. Se la restituiría Alejandro I, que le daba como sucesor al arzobispo de Polotsk Heraclio Lisovskyj (1806-1809). El nuevo metropolitano no abandonó por eso su propia eparquía de Polotsk, continuando en ella su residencia. Debería recibir la confirmación de la Santa Sede, pero no se preocuparía de pedirla, por lo que la metropolía venía a quedar constituida poco más o menos así: un metropolitano sin sede fija, en la práctica arzobispo de Polotsk, y dos eparquías, la de Lutsk y la de Brest-Litowski. Al morir Lisovskyj dejaba como sucesor suyo a Gregorio Kokhanovyc, que era el obispo de Lutsk. Alejandro I ratificaba el nombramiento, y por su

cuenta y riesgo designaba tres obispos más. No se podía, por lo demás, acudir a la Santa Sede en demanda de confirmación, pues Pío VII estaba entonces prisionero de Napoleón, y la Congregación de la Propaganda Fide se encontraba poco menos que totalmente desorganizada. Hizo lo que le pareció más oportuno; en unión con el obispo de Brest, Josafat Bulhak, único obispo que al parecer mantenía una situación canónica regular, y el arzobispo electo de Polotsk, Juan Krasovskyj, redactó un acta solemne que salvaguardara los derechos de la Santa Sede, y lo notificaba al mismo tiempo al emperador. Por vía secreta lo hacía llegar asimismo al nuncio en Viena, Antonio Severoli. Y a continuación los dos obispos ruthenos, con la asistencia de otros dos obispos latinos, procedían a la consagración de los tres recientemente nombrados por el emperador. De ese modo creían no perder la comunión con Roma y proveer, además, a la continuación de la jerarquía unida¹⁹.

Gregorio Kokhanovyc gobernó la metrópoli de 1810 a 1814, residiendo en Lutsk. Le sucedería en el 1817, también por nombramiento oficial, José Bulhak, el obispo de Brest, que ya pudo dar cuenta a Roma de su propia situación, recibiendo de Roma las oportunas facultades como delegado apostólico de la Santa Sede. Residía en Vilna y retenía su eparquía de Brest. Una estadística del 1825 nos habla de seis obispos ruthenos, residenciales o titulares, incluyendo en el número al mismo metropolitano, 1.476 parroquias, 1.985 sacerdotes seculares, 47 monasterios basilianos con 507 religiosos y 1.427.579 fieles. Por lo demás, en un párrafo anterior hemos visto las gestiones de Siemasko, hasta llegar a la anexión oficial de toda la Iglesia ruthena a la Iglesia oficial ortodoxa rusa. El hecho acaecía después de la muerte del metropolitano Bulhak. Anexión que tenía lugar oficialmente en el 1839.

El pueblo bielorruso era ciertamente ortodoxo por vía oficial, pero muchos conservaban en su corazón la antigua fe de sus padres. Y cuando en el 1906 primero, y luego en el 1917, pudo utilizarse el decreto que salvaguardaba la libertad religiosa, muchos hechos venían a recordar la antigua fe. Por otro lado, después de la primera guerra mundial, gran parte de la región bielorrusa volvía a formar parte del resucitado Estado de Polonia. Tócanos ahora recordar la historia de estos bielorrusos, ortodoxos ahora, católicos unidos ayer, pero formando parte interrogante del nuevo Estado polaco²⁰.

¹⁹ SOŁOWIJ MIŁC: «De restitutione Metropolitiae Kioviensis in Imperio Rossiaco sub Imperatore Alexandro I (anno 1806)», *Analecta OSBM*, 1950, S. II, S. II, 228-248.

²⁰ GATTI-KOROLEVSKIJ, o. c., 638-645.

La Bielorrusia occidental, nuevamente con Polonia: 1918

Esa fue la situación dolorosa creada por la historia hasta que en el 1918 sonó para Polonia su hora de resurrección. Una gran parte de la Rusia blanca, la Podlaquia y la Volhynia, volvían a formar parte integrante de la resucitada Polonia. Excepto una pequeña minoría de católicos *latinos*, pasados al nuevo rito al negarse a pasar a la ortodoxia rusa, toda la población anexionada era *ortodoxa*. Pero quedaba asegurada la libertad de conciencia y de apostolado, que sin violentar las almas se esforzaría por traerlas a la plenitud de la verdad. En esta situación que se presentaba a Polonia después de la guerra, ¿qué métodos habría de seguir la Iglesia, al dirigirse a los millones de ortodoxos que quedaban incluidos dentro de sus fronteras? ¿Habría de exigírseles el sacrificio de su cultura y de su rito para integrarlos totalmente en el nuevo Estado polaco, que era *latino* de religión en casi su totalidad? ¿Sería necesario hacerlos latinos para hacerlos nuevamente católicos? Porque uniatas anteriormente como consecuencia de la unión ruthena, habían vuelto a la ortodoxia, cuando quedaron formando parte integrante de Rusia. Ahora volvían de nuevo a Polonia. ¿Convendría atraerlos al catolicismo imponiéndoles el rito latino, como habían hecho algunos de ellos en el siglo anterior, o tratar de ganarlos nuevamente a la unión conservando su rito bizantino? Roma no podía pensar en esa especie de capitulación. Trataría de atraerlos nuevamente, pero conservando su rito. Por eso acudió a diversas órdenes religiosas, como los jesuitas, que para el apostolado con estos ortodoxos polacos, abrazaron algunos de sus miembros el rito bizantino.

Dificultades en el apostolado

No todos, sin embargo, pensaban así dentro de Polonia, aun del campo católico. Creían algunos que una unión en esas circunstancias sería perjudicial a los intereses católicos. El verdadero método sería el de *latinizar* a esos ortodoxos, y si ello no fuera posible, sería incluso mejor dejarlos en paz en su ortodoxia. Pero una vez conocidas las declaraciones al respecto de algunas autoridades eclesiásticas, no era posible entrar por estas miras tan simplistas. Ello no obstante, las *objeciones* persistían.

Se oía decir a veces que el porte exterior de los sacerdotes unidos impresionaba desagradablemente a los católicos. ¿A qué esas barbas, ese largo

cabello, ese aire de pope ortodoxo? Ciertamente que esa presencia externa, decían, no los revelaba como sacerdotes de la Iglesia romana. ¿Qué finalidad, pues, habría en tomar el hábito y modo de ser de los sacerdotes ortodoxos? ¿No sería acaso para engañar al pueblo sencillo, que no examina las cosas a fondo, y atraerlos engañosamente a la comunión con Roma? Y en ese caso, ¿qué pensar de unas conversiones obradas así, por medio de una calculada simulación?

He ahí la primera impresión contra los misioneros orientales: impresión fugaz y de orden más bien sentimental entre personas de sociedad, a quienes unas pobres barbas, bien inocentes por cierto, y que serían toleradas y aun veneradas, por ejemplo, en los capuchinos, tenían aquí el privilegio de excitarles el sistema nervioso. Impresión más reflexiva y tenaz en hombres a quienes el método de este apostolado les parecía una pesca en agua turbia, un juego poco limpio para dar el cambio a almas humanas y atraerlas, quieras que no, al catolicismo. No hace falta refutar estas simplezas. La Iglesia es católica, universal, y admite en su seno toda clase de ritos con tal de que haya unidad de fe.

Prosiguen aún los objetadores, que si no ven con buenos ojos el que la Iglesia admita en su seno a súbditos de ritos diversos, menos pueden tolerar que sacerdotes de rito latino abandonen el propio rito para abrazar el rito oriental. Por fortuna los últimos Pontífices no pensaban así, y promovían con entusiasmo el aumento continuo de apóstoles de rito oriental. De aquí proviene el que varias congregaciones u órdenes religiosas de Occidente hayan establecido dentro de su seno una rama de rito oriental.

Por lo que toca a Polonia, la labor unionística con estos ortodoxos tropezaba con otras dificultades específicamente *políticas*. Existía, efectivamente, este problema; en la parte oriental del nuevo Estado polaco había una región que acababa de pertenecer a Rusia, y que al surgir de nuevo Polonia, como consecuencia de la guerra, había quedado adjudicada al nuevo Estado nacido del Pacto de Versalles. Ahora bien, nos encontramos con unos ciudadanos que son propiamente polacos y pertenecen al rito latino, y otros que han sido rusos toda su vida y pertenecen al rito oriental. Son hijos de Polonia según la ley, pero no se consideran, o no son quizá de raza polaca, sino que pertenecen a la raza que ellos designan en ciertas regiones con el nombre genérico de «rusa», y en otras llaman con mayor exactitud *blanco-rusa*, y en la parte Sur, *ukraniana*. El reducir a estos ortodoxos, imponiéndoles el rito latino, sería colaborar en orden a fomentar una unión más

íntima entre todos los súbditos de la nueva nación polaca; en cambio, el trabajar con los súbditos rusos a base de la conservación de sus propios ritos y costumbres sería, al modo de ver de algunos políticos, hacer campaña en contra de la unidad nacional. El problema, pues, era grave, y nuestros misioneros tenían que sufrir las consecuencias en el desarrollo de su apostolado.

El apostolado bizantino-eslavo había de dirigirse, pues, a minorías nacionales, y como el problema de las minorías es uno de los más delicados, ya podemos comprender que el papel de los misioneros apóstoles de la unión no había de ser de los más fáciles en semejantes coyunturas por lo que tocaba al Estado polaco. Naturalmente, no tocaba a los misioneros examinar lo que sería, bajo el punto de vista meramente político, más acertado frente a las minorías blanco-rusa y ucraniana. Pero lo que sí se puede afirmar es que desde el punto de vista religioso, católico, jamás podría la Iglesia consentir el servir a una causa política, meramente tal, por más noble que se la quisiera suponer. Su ministerio es de otro orden bien diferente. Los misioneros iban a pueblos que hablaban otra lengua diversa de la polaca, y deber suyo era exponerles en su propio idioma la integridad de la fe, haciéndoles ver que podían ser enteramente católicos sin tener que abdicar nada ni de su origen étnico, ni de su rito histórico. Y no hace falta ponderar las dificultades provenientes de parte de los popes ortodoxos; en ellos era natural una reacción contraria a un apostolado que trataba de arrebatarles adeptos. Se insistía en la discordia que se sembraría dentro de los mismos ciudadanos, ambos de rito bizantino, pero católicos unos y ortodoxos otros. Y entonces podríamos hallarnos ante una lucha personal, rastrera, infame, ante las enemistades religiosas, las más terribles que hay, encendidas en un pueblo que tenía especial necesidad de caridad y de paz. Y entonces se tendría que la misma Polonia, que para poder subsistir había de consumar la unión de sus ciudadanos tan diversos por su origen, se encontraba nuevamente dividida, y en el terreno de la conciencia, en el que a veces duran hasta siglos las desavenencias.

Tal era, en resumen, la principal objeción que hacía mirasen algunos con muy poca simpatía y con alguna desconfianza este apostolado. Y entre ellos, algunos hombres de Estado de la nueva nación polaca.

Por fin, una última dificultad, que radicaba en el pueblo mismo, imbuido frecuentemente de una idea que producía confusiones lamentables. Para esos ortodoxos sencillos, los misioneros de rito oriental y sus popes venían

a ser todos lo mismo. Por lo tanto, no había por qué molestarlos; más aún, acudirían a sus oficios; pero continuarían como sus antepasados, profesando la fe ortodoxa bajo la dirección de sus propios ministros. Tocamos aquí en lo más vivo el punto doloroso del problema. El pueblo ortodoxo, piadoso fundamentalmente, confundía rito y fe. Para él, mantenido en la ignorancia del dogma, no existía más que una sola cosa, y era su plegaria en lengua eslava. No comprendía qué ventajas le podría traer la unión a Roma. En su iglesia ortodoxa, por el contrario, veía la ventaja de permanecer fiel a esta fe ortodoxa, cuyo amor constantemente le habían infundido desde sus más tiernos años. Las dificultades eran, pues, serias y reales. Pero puede afirmarse que este apostolado oriental con los orientales tenía una importancia que sobrepasaba con mucho las fronteras donde se desplegaba. Planteaba un problema, una cuestión que interesaba en alto grado a toda la cristianidad. Se proponía demostrar que la Iglesia es no solamente de derecho, sino también de hecho, universal, que todos los pueblos, todas las civilizaciones, todas las formas de piedad, se encuentran como en su centro dentro de la Iglesia católica; que los fieles de rito oriental son, o pueden ser, tan católicos como los de rito latino. Cuestiones todas reguladas en teoría en todos los tiempos, pero que importaba hacer pasar lealmente a la práctica. Es el problema general de los Umiatas.

La Bielorrusia occidental o polaca

En la Bielorrusia *occidental* o *polaca*, aunque no había persecución propiamente tal, pues el Gobierno polaco era católico, la Iglesia *uniata* luchaba con serias dificultades. En Rusia para las vísperas de la segunda guerra mundial, puede decirse que la Iglesia Católica bielorrusa había sido suprimida o dispersada. Eso no obstante, y a pesar de las medidas rigurosas tomadas por el gobierno zarista para acabar con la Iglesia católica bielorrusa oriental, puesta por el Gobierno fuera de la ley, eran muchos los bielorrusos que seguían fieles a su fe católica en el interior de sus corazones. Así lo confirma el exarca Fiodorov en su correspondencia con el metropolitano Andrés Szepctickyj. Cuando en el 1922 fue enviado el citado exarca a celebrar una liturgia oriental en algunos lugares de la Bielorrusia soviética, las iglesias se llenaban de ortodoxos que pedían al exarca les quisiera enviar algún sacerdote católico de su rito, pues estaban añorando por la unión perdida. No es posible fijar esta historia moderna de la Iglesia bielorrusa católica de rito orien-

tal, pues tanto el exarca Fiodorov como sus sacerdotes bielorrusos fueron arrestados y liquidados. Tan sólo quedaba un rayo de esperanza en la parte bielorrusa que tras el tratado de Riga, del 1920, pasaba a dominio polaco, la Bielorrusia occidental. Comenzaron las misiones de jesuitas, de marianos, y de capuchinos, entre estos bielorrusos, ahora polacos. Había tan sólo alguna que otra iglesia de rito bizantino. En 1931 se nombraba un visitador apostólico, monseñor Nicolás Czarneckyj.

Y llegamos así a la segunda guerra mundial, iniciada el 1939. Dos semanas después de la iniciación de las hostilidades, las tropas soviéticas ocuparon la Bielorrusia polaca y la Ucrania occidental, pertenecientes entonces a Polonia. Los comunistas dieron inmediatamente un golpe antirreligioso en las nuevas zonas que acababan de ocupar. Y aquí sí que había ya un buen número de uniats. Quedó prohibida toda enseñanza de la religión, se cerraron los seminarios, se dispersaron todas las organizaciones y asociaciones católicas. La confiscación de los bienes de la Iglesia fue también total.

En 1940 el metropolitano Andrés Szeptickyj, haciendo uso de poderes ya concedidos por Pío X en 1908, establecía tres Exarcados Católicos en todas estas regiones. Para los ucranianos quedaba nombrado monseñor Slipyj; para los rusos su hermano Clemente Szeptickyj, y para los bielorrusos el jesuita Antonio Niemancevic. A este último le sucederían, en caso de emergencia, los sacerdotes bielorrusos Venceslao Onosko y León Horosko. Los nuevos exarcas, aun en condiciones muy desfavorables, pudieron reunir dos congresos propios, el primero del 16 al 19 de septiembre de 1940, y el segundo del 13 al 16 de julio de 1941.

En junio de 1941, los alemanes ocuparon toda la Bielorrusia. Al establecerse el frente más hacia el interior, la administración militar dejó el paso a la administración civil. Fue entonces cuando el exarca P. Niemancevic salió de la clandestinidad y comenzó a trabajar ya en público. Volvieron a abrirse todas las parroquias de la preguerra en los distritos occidentales. Pero a los sacerdotes católicos que se aventuraron a atender a los católicos de la Bielorrusia oriental, se le dio orden de que regresaran a sus puntos de origen. Tres de ellos perdieron la vida a poco de su llegada a Minsk. Durante la ocupación alemana de Bielorrusia, perecieron cerca de 100 sacerdotes católicos polacos, y nueve bielorrusos, entre ellos el propio exarca Antonio Niemancevic, arrestado por la Gestapo en junio de 1942 en Albertyn,

luego deportado, y fallecido en Minsk en un campo de concentración en circunstancias harto misteriosas. En el entretanto muchos bielorrusos se habían visto forzados a emigrar lejos de su patria.

Cuando los rusos volvieron a ocupar Bielorrusia, tras la derrota alemana, en 1944, las parroquias católicas quedaron situadas en la parte occidental, con sólo una abierta en la región al Este de Minsk. Siempre sin jerarquía propia. Es de notar que las parroquias uniatas, esto es, de rito oriental, fueron abolidas sencillamente, y el catolicismo *latino*, tolerado nada más, era tenido como una religión extranjera y hostil a los bielorrusos. Se iba decididamente al aniquilamiento total del catolicismo en Bielorrusia. El plan consistía entonces en ir agotando la población católica de Bielorrusia, separando las áreas bielorrusas en que predominaban los católicos. En 1940 la ciudad de Vilna y los distritos de los alrededores, con una población de 537.000 personas, de ellas 422.000 católicos (78,6 por 100), fue entregada a Lituania. En 1945, el distrito de Bialistock, con una población de 633.000 habitantes, de ellos 478.000 católicos (76 por 100) fue cedido a Polonia. En 1946-1947 unos 500.000 católicos bielorrusos fueron reinstalados en Polonia, en tierras que antes habían ocupado los alemanes; con esa ocasión muchos bielorrusos consiguieron la nacionalidad polaca, en espera de mejor trato. Y luego las deportaciones en masa, repetidas en diversas ocasiones, contribuyeron asimismo a la disminución drástica de la población bielorrusa católica de Rusia. Con estas medidas, en un período de siete años, casi millón y medio de católicos latinos bielorrusos quedaban instalados fuera de las fronteras propiamente soviéticas. El resto, unos 800.000, aún trataban de conservar su vida católica, que desde 1949 en adelante el Gobierno soviético, por su parte, se empeña en obstaculizar. Según informes de 1956, para este año tan sólo unos 30 a 35 sacerdotes católicos podían atender a toda esta masa de fieles romanos. De ellos, tan sólo uno en la Bielorrusia soviética u oriental, en el pueblo de Borisovo; los demás en la Bielorrusia occidental. En Minsk no quedaba abierta ni una sola iglesia católica.

Las pérdidas de la guerra habían sido inconmensurables; las humanas se calculan en 2.200.000, y las destrucciones materiales y morales sobrepasan toda estadística. Durante esa guerra fueron destruidas en territorio bielorruso 209 ciudades, 9.200 pueblos, 10.338 establecimientos oficiales, 1.227.248 edificios, 213 hospitales. Entre lo destruido se contaban 218 iglesias ortodoxas, 237 católicas, 532 sinagogas y 69 capillas.

ESTADO RUSO E IGLESIA RUTHENA

Veamos las siguientes estadísticas del catolicismo en Bielorrusia en los años 1916 y 1956:

	1916	1956
Obispos	3	—
Parroquias	456	30
Iglesias y catedrales	456	30
Capillas	299	—
Sacerdotes	917	35
Monasterios	1	—
Monjes	22	—
Seminarios	2	—
Publicaciones religiosas	1	—
Católicos	2.500.000	800.000

Estas estadísticas, que se refieren en conjunto a todo el catolicismo bielorruso, sobre todo al de rito latino, hablan por sí solas. En la actualidad no poseemos datos de la situación de los católicos aún existentes en la Bielorrusia soviética u oriental. Apenas puede desarrollarse el culto católico, por la falta absoluta de sacerdotes. Algo más hay en la Bielorrusia occidental, polaca, pero incorporada también hoy a la Rusia soviética. En todo caso, han de vivir una vida de catacumbas, en espera de la futura resurrección. Muchos han preferido buscar refugio en el extranjero, fundando sus centros en la Europa occidental, como Londres, Lovaina, París, etc. También en los Estados Unidos de América.

Pero detengámonos un poco más en los bielorrusos unidos de rito oriental. Se pensó en organizar con ellos una asistencia pastoral. En su patria, Bielorrusia, no había que pensar por el momento. Los pocos sacerdotes católicos de la diáspora que quedaban procuraron organizar su iglesia, en contacto directo con la Congregación Oriental. Entre ellos el sacerdote ya citado León Horosko. Con fecha 29 de octubre se le respondía que no siendo posible por el momento una reorganización de la Iglesia bielorrusa, pues no puede trabajarse en la Blanco-Ruthenia (Bielorrusia), tan sólo podría trabajarse ahora con los fieles bielorrusos de la diáspora. Por lo tanto:

- 1) Que el nombramiento del nuevo exarca se dejaba para más tarde, cuando pudiera tenerse ya comunicación directa con Bielorrusia.
- 2) Que para la formación de futuros sacerdotes bielorrusos se le dieran los nombres de los que pudieran ser candidatos.

3) Que la idea de atender a los emigrados bielorrusos de Alemania y otras partes con sacerdotes del propio rito, encontraba todo apoyo en la Sagrada Congregación Oriental, y se pedían los datos correspondientes.

4) Que si querían pasar a la Iglesia católica algunos sacerdotes bielorrusos ortodoxos se aplicarían las normas establecidas para esta unión.

5) Que convenía comenzar la publicación de un libro de preces en bielorruso.

En octubre de 1946 se abrió en París una misión bielorrusa católica de rito bizantino, dirigida por el sacerdote León Horosko. Ese mismo año se encargaba al obispo ruso monseñor Sloskans, como administrador apostólico de Mohilew y de Minsk, que visitara a todos los centros bielorrusos de Europa. En 1952 era nombrado visitador apostólico para todos los bielorrusos dispersos en la Europa oriental, cargo en que siguió hasta 1961.

Otras actividades en favor de los bielorrusos han sido: en 1947 se abrió en Londres un centro religioso bielorruso en la casa de los padres marianos (Marian House), en Finchley. Hoy trabajan en él cinco sacerdotes, con escuela para jóvenes bielorrusos, biblioteca bielorrusa de gran importancia, la mejor de todo el mundo occidental, un pequeño museo, etc. En Lovaina otro centro bielorruso a partir de 1952. Finalmente la consagración de un obispo propio durante el Congreso Eucarístico Internacional de Munich en 1960, monseñor Ciro Ceslao Sipovic, el primero después de la muerte de monseñor Josafat Bulhak, hacía ya ciento veinte años. Tiene su residencia en Londres. Esta es la situación actual²¹.

Sobre la actividad apostólica de los jesuitas, por medio de su Misión Oriental en el este de Polonia, en favor de este catolicismo uniata bielorruso hablamos en otro lugar. Al estallar la segunda guerra mundial trabajaban con ellos como un centenar. Acompañaban en este mismo apostolado algunos otros religiosos: en la Volhynia y la Podlaquia, los redentoristas, quienes en sólo un año, el de 1927, pudieron registrar unas 5.000 uniones. En 1932 fueron 2.700, y 1.000 en 1934. Había pueblos enteros que pedían en masa pasar al catolicismo²².

²¹ HOROSKO LEU: «La Iglesia Católica Romana en la RSS de Bielorrusia», en *Religión y antirreligión en el mundo ruso*, Buenos Aires, 1967, 135-148; SÍPOVIC, Ceslao: «I Bielorusi», en *La Sacra Congregazione per le Chiese Orientali nell Cinquantennio della Fondazione*, Roma, 1969, 251-257.

²² MALANCZUK, Vladimir: «50-jarig bestaan van de Oosterse task der Redemptoristen», *Het Christelijk Oosten*, 1949-50, 23-33, 106-116.

En la diócesis de Pinsk trabajaban desde 1932 capuchinos orientales. Como había dificultades en el apostolado, la Santa Sede decidió crear una Delegación Apostólica para todos estos católicos uniatas de la Bielorrusia. Se encomendaba al redentorista monseñor Nicolás Czarnesky. Toda la obra unionista de esta región hubo de sufrir incalculables quebrantos a causa de la segunda guerra mundial, amenazada incluso en su misma existencia. Antes de la guerra, el número global de católicos unidos podía llegar a los 40.000. Después de todo el territorio bielorruso pasaba a Rusia de nuevo, a partir de 1940²³.

Grupo de bielorrusos pasados temporalmente a dominio prusiano

Con el reparto polaco de 1795, el territorio o distrito de Bialystock, al noreste de Varsovia, quedaba adjudicado a la Prusia oriental. Con la Bula *Susceptum a nobis*, fecha 6 marzo 1799, Pío VI erigía en el monasterio basiliano de Suprasl una sede episcopal ruthena. Primer titular suyo fue el monje basiliano Teodosio Vystototskyj, archimandrita del monasterio, nombrado por Breve pontificio del 1800. Pero fallecía al año siguiente. Luego los monjes no llegaron a entenderse para la elección del nuevo archimandrita, que debería ser consagrado a continuación obispo. Así, en 1803 era designado un sacerdote del clero secular, Nicolás Dukhnovskij. Pero en 1807, tras la paz de Tilsit, el distrito de Bialystock quedaba reintegrado en Rusia, y el archimandrita de Suprasl, León Javorivskij, sería más tarde nombrado auxiliar del obispo de Brést Litowski, con el título de Vladimir. La Eparquía de Suprasl quedaba suprimida y su territorio se anexionaba a Brest Litowski²⁴.

Los ruthenos subcarpáticos o Iglesia de Mukacevo

Esta región subcarpática, que pertenecía a la Checoslovaquia oriental, donde estaba radicada la Iglesia de Mukacevo, ha pasado después de la segunda guerra mundial a dominio soviético. La incluimos, con todo, dentro de Checoslovaquia, pues a ella pertenecía hasta esa época, y de ella tendría origen en gran parte la Iglesia de Presov.

²³ DE VRIES, G., S. J.: «Polonia», en *Oriente cristiano hoy*, 129-130; como bibliografía general véase SANTOS, Angel: *Iglesias de Oriente, II. Repertorio bibliográfico*, 328-333, con 17 obras recensionadas.

²⁴ GATTI-KOROLEVSKIJ, o. c., 648.

Quedan incluidos bajo esta denominación de «ruthenos subcarpáticos» (conservan precisamente el apelativo de «ruthenos») los que viven en las regiones orientales de Eslovaquia, Rumania y Hungría, y que situados en esta región subcarpática, han sido objeto de distintas reclamaciones nacionales. Después de la segunda guerra mundial, su territorio ha quedado incorporado a la Unión Soviética, formando en su República Ukraniana la «provincia transcarpática». Sus centros claves son Mukacevo y Uzhorod, y luego Presov, en Eslovaquia.

Toda esta región perteneció durante mucho tiempo al reino de Hungría, aunque la población nativa eslava es mucho anterior a la ocupación húngara. Con el correr de los siglos la población eslava subcarpática quedó reforzada con la inmigración de otros eslavos procedentes de más allá de los Cárpatos y de la Valaquia, que como pastores que eran, iban corriéndose de Este a Oeste en los montes Cárpatos. Las primeras alusiones a esta población ukraniana de la Ukrania subcarpática se remontan a la época de los príncipes ukranianos, como aparece en algunos documentos, como el tratado entre Oleh y los griegos. Se les designa con el apelativo «Cróatas Blancos». Cuando en el siglo x atravesaron los magyares los montes Cárpatos a las órdenes de Arpad, los «cróatas blancos», conducidos por su jefe Laborec, marcharon contra ellos. Desde entonces estos cróatas comenzaron a unirse más estrechamente con el Principado de Kiew, que en tiempos de San Vladimiro se extendía ya hasta las fronteras de Bohemia y del reino húngaro de San Esteban. Después de la muerte de San Vladimiro, Polonia vino a ocupar las ciudades de Czerwen, y Esteban nombró a su hijo príncipe de los ukranianos. Después de su muerte, Andrés I, yerno de Jaroslav el Sabio, ocupó el trono, y en esta época precisamente parece que la Ukrania subcarpática pasaba por primera vez a dominio de los magyares.

Hungría estaba dudando entonces entre Roma y Bizancio. Por influjo precisamente de Ukrania había conservado el rito oriental. Puede servir como prueba el manto de San Esteban bordado con inscripciones en eslavo. Los reyes magyares, por su parte, emparentados con la dinastía ukraniana, aseguraron cierta autonomía a los ukranianos y crearon para ellos tribunales especiales. Los reyes de la dinastía de los Arpades hablaban el ukraniano en la corte, y se rodeaban de dignatarios ukranianos. El príncipe galitziano León I ocupó el territorio en 1280 y lo anexionó al Principado galit-

ziano. Siguió formando parte del mismo durante cuarenta años, hasta el 1320²⁵.

Son muy poco conocidos los comienzos de la organización eclesiástica. Es muy posible que su primera evangelización haya que remontarla a los tiempos de los santos Cirilo y Metodio. Como la población seguía el rito griego, es natural que lo mismo que los demás ucranianos, quedara englobada dentro de la Iglesia oriental. Se supone que del siglo XII al XIV la Ucrania subcarpática dependía, desde el punto de vista eclesiástico, de la diócesis galitziana de Peremyśl.

Bajo el gobierno de la nueva dinastía magyar (Arpades-Anjou) comenzó una latinización forzada. Pero se opuso enérgicamente a ella. A finales del siglo XIV llegaba desde la Podolia el noble Teodoro Koriatovic (1396-1414), acompañado de su gente, y se establecía en la región de Mukacevo, como feudo que le había sido concedido por el rey de Hungría. Llegaba al frente de unos 40.000 adeptos ucranianos, expulsados por Wytowt. Precisamente en Koriatowicz iban a encontrar estos ucranianos subcarpáticos un ardiente defensor de su nacionalidad ucraniana. De acuerdo con el rey magyar, renovó el Principado de Mukacevo, y erigió el monasterio basiliano de San Nicolás en el monte llamado de los Monjes²⁶.

Más al Este, en el país de Marmorosz, erigía otro monasterio en Hrusziw, que vino a ser otro gran centro religioso.

Después de la hegemonía de Teodoro Koriatovic y sus sucesores, el territorio pasaría a otras manos feudales, húngaras generalmente, hasta que en el siglo XVII vino a parar a las manos de la familia calvinista Rakoczy. Pero derrotados éstos, por los Habsburgos, contra los que se habían levantado, capitaneando diversas facciones revoltosas, se les confiscó su feudo de Mukacevo tras el tratado de paz de Satmar (27 de abril de 1711), que pasó a la familia Schönborn, en cuyo poder siguió hasta 1919. Al terminar la primera guerra mundial, toda la Ruthenia Subcarpática (*Podkarpátska Rus*) entró a formar parte de la República de Checoslovaquia, y al comenzar la Segunda Guerra Mundial de 1939, se proclamaba República Independiente de la Ucrania carpática. Tornaría provisionalmente a dominio hún-

²⁵ POPOWICZ: *L'Eglise Catholique en Ukraine Occidentale*, Mons. s. a., 40-45; BOYSAK, B.: «The fate of the Holy Union in Carpatho-Ukraine», Toronto-Nueva York, 1963; KONDRINEWITSCH, Josef: «Die Orthodoxie in der Donaumonarchie und in Balkan von 1960 bis heute», en *Handbuch der Ostkirchenkunde*, 1971, 187-196; LACKO, Michael: «Unionsbewegungen im slavischen Raum und in Rumänien», *ibidem*, 218-238.

²⁶ HODINKA, A.: «Documenta Koriatoviciana et fundatio monasterii Munkacsien-sis», *Analecta OSBM*, Sed. II, S. II, 1950, 339-359; 1953, 525-558; 1954, 165-189.

garó de 1939 a 1944. Pero desde esa fecha pasaría ya a ser territorio integrante de Rusia en su República Ukraniana.

Hemos dicho que el catolicismo o cristianismo de toda esta región permanece en sus orígenes un tanto oscuro. Del 1391 es un documento en el que el patriarca de Constantinopla concede determinados privilegios al higoumeno Pacomio, del monasterio de San Miguel de Hrusziw. Otro monasterio importante era, como hemos dicho, el de San Nicolás del mismo Mukacevo, o mejor de sus cercanías. Encontramos que ya en el 1458 sus higoumenos ejercían cierta jurisdicción sobre los ruthenos de los contornos; en el 1491 se habla ya de un obispo llamado Juan, sin que conste cómo había llegado hasta allí, ni quién le había mandado. Desde entonces, el monasterio de Mukacevo se convertiría en sede estable de los obispos de la misma ciudad, que extendieron su jurisdicción a todos los ruthenos de Hungría. Tampoco consta cuándo se consumó la separación de Roma en toda esta región, aunque como originaria probablemente de la Iglesia de Kiew, seguiría sus mismas vicisitudes.

Desde finales del siglo xvi estuvieron en gran peligro de pasar al protestantismo ante las continuas presiones de los señores feudales Rakoczy, que eran calvinistas. Para evitar precisamente ese peligro y para levantar las condiciones sociales del clero, comenzaron a pensar los obispos de Mukacevo en la posibilidad de un acercamiento a la Iglesia de Roma, sobre todo después que supieron de la unión de otros ruthenos en Brest Litowski. Parece que el primer obispo Mukaceviense, que entró en contactos con el metropolitano uniata de Kiew, J. V. Rutsky, fue Juan Gregorovic (1627-1633), quien contribuyó no poco a desenmascarar el calvinismo latente del patriarca constantinopolitano Cirilo Lukaris. El personalmente parece que no dio el paso de la «unión», pero recomendó a los monjes, antes de morir, que eligieran como sucesor suyo a Basilio Tarasovic (1633-1651), inclinado éste a la unión. Efectivamente, en 1642 emitió la profesión de fe católica ante el nuncio apostólico y en presencia del emperador Fernando III, en el castillo de Laxenburg, en las proximidades de Viena. Pero los Rakoczy, al enterarse del paso dado, le impidieron regresar a su sede, y se quedó en la ciudad imperial de Kallo. Ante las nostalgias de Mukacevo no persistió en la fe recibida, y tornó nuevamente a la ortodoxia. Fallaba así este primer intento unionístico de Mukacevo.

Al mismo tiempo surgía otro movimiento similar en el territorio de un señor feudal católico, Jorge Drughet, señor de la ciudad de Uzhorod; eran

portaestandartes de este movimiento dos monjes basilianos, Gabriel Kosovicky y Partenio Petrovic, quienes, con la ayuda del obispo latino de Agria, Jorge Jakusic, convocaron a todo el clero rutheno de los alrededores y a otros señores católicos, el 23 de abril de 1646, en la iglesia del castillo de Uzhorod. Se reunieron hasta 63 sacerdotes, que decidieron aceptar la unión propuesta, llamada, por el mismo hecho, *Unión de Uzhorod*. Al morir el obispo apóstata Tarasovic en 1651, estos sacerdotes unidos se apresuraron a nombrar su propio obispo en la persona del basiliano Petrovic, ante el cual, ya consagrado obispo por el obispo rumano de Alba Julia, volvía a reunirse en Uzhorod el clero unido (15 de enero de 1652), para redactar una carta colectiva al Papa Inocencio X, pidiéndole confirmación de la elección hecha. Hubo ciertas dificultades en Roma de carácter jurídico sobre todo, pues se dudaba de la erección misma de Mukacevo como obispado, hasta que en 1655 Alejandro VII, por su correspondiente Breve, dispensaba de cualquier irregularidad²⁷.

Al morir Petrovic en 1665, la sede de Mukacevo había de quedar veinticinco años vacante, por falta de inteligencia entre los que habían de colaborar a esa elección; el clero presentaba su propio candidato; la princesa Sofía Rakoczy, ya convertida al catolicismo, presentaba el suyo, y el emperador de Austria hacía otro tanto. Esta falta de inteligencia originó que se produjera esa sede vacante de veinticinco años, que puso en peligro la misma unión. Por fin quedó aceptado el candidato propuesto por la Santa Sede, Juan de Camillis (1689-1706), un griego oriundo de Chios, alumno del Colegio griego de Roma, y luego procurador allí mismo de los monjes basilianos. Fue un gran obispo, que extendió su acción unionística a través de todo el territorio; desde los primeros decenios del siglo XVIII conseguía establecerse también en la región de Maramures, donde, con la muerte de su obispo Dositeo Teodorovic (1733), desapareció la jerarquía ortodoxa.

Después de la unión, el obispo latino de Agria no quería aceptar una doble jerarquía, y consideraba al obispo de Mukacevo como su vicario ritual para los ruthenos. Hasta que el obispo Manuel Olsavsky (1743-1767), trabajó para hacer de su Mukacevo una diócesis aparte²⁸.

²⁷ BARAN, Alexander: «Documenta inedita de confirmatione Parthenii Petrovic Episcopi Mukacoviensis», *Analecta OSBM*, 1960, S. II, S. II, 440-448; PEKAR, B.: «De erectione canonica Eparchiae Mukacoviensis», Roma, 1956, *Analecta OSBM*, S. I, núm. 7, p. 136; BARAN, A.: «Metropolia Kioviensis et Eparchia Mukacoviensis», Roma, 1960, *Analecta OSBM*, S. I, núm. 10, pp. XII-112.

²⁸ Véase LACKO, Michael: «The pastoral activity of Manuel Olsavsky, Bishop of Mukacevo», *Orientalia Christiana Periodica*, 1961, 150-161.

Ganó a su partido a la emperatriz María Teresa, y recurrió a Roma. No vería él mismo la erección de la Eparquía, pero unos años más tarde en el 1771, Clemente XIV vino a «canonizar», esto es, a reconocer ya jurídicamente la diócesis de Mukacevo, que de hecho ya existía. La sede de la Eparquía se trasladaba en el 1775 desde Mukacevo a Uzhorod, a un colegio que había sido de los extinguidos jesuitas.

Ya unida a Roma, esta nueva Eparquía de Mukacevo había de enterrar el conflicto con los obispos latinos, que querían tenerla sometida a su jurisdicción; pero gracias al esfuerzo de los obispos M. Olszanskyj y sobre todo Andrés Baczynskyj (1772-1809), no sólo consiguieron reforzar la independencia de Mukacevo (1771), sino que incluso pudieron dedicarse a regenerar la Iglesia ucraniana subcarpática, y aun a preparar la erección de una nueva diócesis, la de Presov (1818), que tendría a Gregorio Tarkovycz como su primer obispo.

Más aún, el obispo Baczynskyj, que había trasladado su capital desde Mukacevo a Uzhorod en 1775, había incluso concebido el proyecto de unir la Galitzia y la Ucrania subcarpática en una sola provincia eclesiástica, y resucitar la antigua Metropolia de Halyc. Los húngaros se opusieron a la realización de estos planes. De esta época data precisamente la renovación religiosa de la Ucrania subcarpática. Por otro lado, la actividad universal del obispo Baczynskyj proporcionó los fundamentos sólidos para el renacimiento nacional. Juntamente con el Metropolitano de Leopold, León Szeptyckyj, daba a la emperatriz María Teresa y a José II, los datos necesarios con respecto a los ucranianos de Galitzia, después de los repartos polacos. En torno suyo, supo, además, agrupar a cierto número de intelectuales, gracias a los cuales y al propio obispo han podido conservar los ucranianos subcarpáticos la conciencia de su nacionalidad, preservándose así de ser asimilados en el campo magyar.

El año 1848 había de ser un año crítico. Los magyares se habían rebelado contra Austria. El zar ruso Nicolás I envió un ejército para ayudar a los austríacos. Y este ejército ruso, a las órdenes del ucraniano Paskevycz, pudo aplastar la sublevación magyar. Con fecha 19 de octubre de 1848 la delegación ucraniana, dirigida por el ucraniano subcarpático Adolfo Dobrianskyj, remitió al rey un *memorandum* con los deseos de los ucranianos. Se pedía que de todos los territorios ucranianos de Austria se hiciera una sola provincia independiente. El mismo Dobrianskyj, elegido miembro del Consejo General ucraniano consiguió ir haciendo penetrar esta idea. En

efecto, el emperador creaba una provincia especial, y nombraba al mismo Dobrianskyj gobernador de la misma. Pero la erección de esta provincia excitó una fuerte oposición de parte de las grandes familias magyares.

En el aspecto eclesiástico, después de la erección de la nueva Eparquía de Presov en el 1818, se llegaba a una nueva desmembración en el 1853, dando origen a la Eparquía de Gherla²⁹, mientras la región de Maramures había pasado en el siglo anterior al régimen jurídico de vicariato apostólico³⁰.

Pero aún le quedaban tiempos sombríos a la Ucrania subcarpática en la segunda mitad del siglo XIX. Sería con ocasión de la batalla que Austria perdía en Sadowa el año 1867, viéndose forzada a firmar una alianza con los magyares. Las tendencias chauvinistas de Budapest sustituyeron el espíritu centralizador de Viena, y la Iglesia ucraniana quedaría cada vez más sometida a la influencia magyar. El obispo de Mukacevo Esteban Pankovycz (1867-1872) sería el primero en enviar sus estudiantes teólogos a Budapest, y a Ostrohom, en vez de enviarlos, como hasta entonces, a Viena. Bajo su gobierno la parte septentrional de Mukacevo quedaría constituida en vicariato especial, con su propio consistorio, cuya sede central se fijaba en Hajdudorj para los fieles de rito bizantino dentro de Hungría, con gran desagrado por cierto, por parte de muchos, con respecto a esa desmembración. En 1912 este vicariato sería transformado en diócesis propia. Durante estos años, hasta el 1918, los obispos de Mukacevo y Presov continuaron extendiendo este influjo magyar entre el clero. Se suprimió el uso de la lengua ucraniana en los establecimientos públicos y en las escuelas; y la clase culta fue internada en el interior de Hungría, donde pronto quedaría desnacionalizada. Muchos de estos ucranianos, ante las dificultades crecientes para vivir dentro del reino húngaro, fueron emigrando a América. Puede calcularse que para comienzos de la primera guerra mundial, habría abandonado el país como medio millón de ucranianos. En los Estados Unidos se formarían para ellos en 1924 una Eparquía especial, la de Pittsburg, como veremos en el capítulo de América. Asimismo, se notaba mayor influjo de Rusia en toda la vida magyar. Así, pues, nada tiene de extraño que, cuando la influencia magyar comenzó a decaer, comenzara a subir en la misma proporción la

²⁹ BARAN, A.: «Desmembración de la Eparquía de Mukacevo en el siglo XIX» (en ruso), *Analecta OSBM*, 1963, S. II, S. II, 534-569.

³⁰ BARAN, A.: «Eparchia Maramorosiensis cuiusque unio», Roma, 1962, *Analecta OSBM*, S. I, núm. 1, pp. XII-108.

influencia ortodoxa rusa. En 1921 podía darse la siguiente proporción: 55 por 100, greco-católicos; 9 por 100, católicos latinos; 10 por 100, protestantes; 10 por 100, ortodoxos, y 13 por 100, judíos.

Al terminar la primera guerra mundial, creaba el Gobierno magyar la llamada *Ruthenia*, aunque no llegó a entrar en vigor su propio Estatuto. En 1919 la ola revolucionaria se extendió por todo el país. Un Congreso que se celebró en Chust el 22 de enero del mismo año votaba la anexión de la Ucrania subcarpática a la Ucrania general, pero el tratado de San Germán de 10 de septiembre de 1919, la anexionaba a Checoslovaquia, asegurándole una cierta autonomía con el nombre de «Ruthenia subcarpática». Es cierto que los nuevos amos, los checos, más rusófilos, favorecían los partidos rusófilos contra los ucranianos mismos. Pero, en cambio, se llegó a la formación de una conciencia ucraniana nacional más viva. El 11 de octubre de 1938, la Ucrania subcarpática formaba con la Eslovaquia y la Bohemia un gobierno tripartito. La Santa Sede nombraba entonces un visitador apostólico y administrador de la Ucrania subcarpática con sede episcopal en Chust, a monseñor Niaradi, obispo greco-católico de Kryzewci. Mukacevo y Uzhorod dependían de Hungría. Es de notar que desde 1930 las parroquias ruthenas que habían quedado dentro de Rumania, se agregaban a la nueva Eparquía de Maramures.

Cuando Hitler entraba en Checoslovaquia con su ejército, Eslovaquia proclamaba la independencia; lo mismo hacía la Ucrania subcarpática el 15 de marzo de 1939. Pero inmediatamente tropas húngaras pasaban a ocupar su territorio, imponiendo una vez más su dominio sobre los ucranianos subcarpáticos. Luego la segunda guerra mundial. Después de ella apuntó en el territorio de Mukacevo un cierto movimiento cismático, que le arrebató no pocos sujetos, pasados primero a la Iglesia ortodoxa servia, y luego a la rusa, en el 1944. Se trataba ya en Roma de erigir una Metrópoli de rito bizantino en Checoslovaquia, que tendría a Mukacevo probablemente como sede de la metrópoli. El decreto no se llevó adelante a causa de la guerra que estalló en el 1939. Entonces las parroquias que quedaban dentro de Eslovaquia pasaron a Presov, mientras en la flamante República independiente de Ucrania carpática, quedaba como administrador apostólico con sede en Chust, el obispo de Krizevci, Dionisio Njaradi. Ocupada la región por los húngaros, cesó esta administración.

Las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial han sido fatales para

los ruthenos uniatas de la subcarpacia, esto es, de Mukacevo. El ejército soviético entró en Uzhorod en el 1944; en el 1945 todo su territorio era cedido por Checoslovaquia a la Unión Soviética. Pronto comenzarían los días de la persecución. Ya en el mismo 1944 los ortodoxos, apoyados por las autoridades civiles, habían ocupado hasta 15 iglesias de los uniatas. En el 1946 se cerró el seminario que funcionaba desde los primeros tiempos de la unión en Uzhorod; en el 1947 quedó ocupado el monasterio San Nicolás de Mukacevo, y comenzó la detención de sacerdotes. El obispo Kyr Teodoro Romza, consagrado en el 1944, solicitaba justicia en vano. Moriría el 1 de noviembre de 1947, a la vuelta de una visita pastoral, en un accidente de carretera, al parecer sabiamente preparado por los comunistas. Parece que al no fallecer en el mismo accidente, un soldado le abrió la cabeza con una barra de hierro³¹. Finalmente, el 29 de agosto se proclamaba «oficialmente», por parte de las autoridades comunistas y ortodoxas, la abolición de la unión de Mukacevo con Roma, precisamente en el mismo Monasterio de San Nicolás, donde acudía todos los años una gran cantidad de fieles para venerar un icono de Nuestra Señora donado al monasterio por Pío XI en el 1925. Desde Moscú se había enviado ya en el 1946 un obispo ortodoxo, que ocuparía la residencia episcopal y todas las parroquias de la Eparquía. Desde entonces no han vuelto a tenerse más noticias de estos católicos unidos orientales. Los fieles de Mukacevo alcanzaban en 1944 la cifra de 461.555.

También había de entrar el movimiento emigratorio entre estos ruthenos subcarpáticos. Al principio todos los ruthenos de América septentrional estaban sometidos a un mismo exarca; pero al morir en 1916 el exarca Ortynskyj, se decidió la división, dando un administrador apostólico propio a los ruthenos subcarpáticos, y otro a los ucranianos. El exarca de los subcarpáticos, Kyr Basilio Takach, fallecido en el 1948, fijó su residencia en Pittsburg; a su jurisdicción quedaban sometidos, además de los subcarpáticos, los ruthenos procedentes de Eslovaquia, Croacia y Hungría. El Exarcado ha tenido que sufrir varios golpes separatistas o cismáticos, el primero en el 1899 como consecuencia de la apostasía del sacerdote Alejo Toth que arrastró consigo a varios millares de fieles, unidos luego a la Metropolia autónoma americano-rusa. Y en el 1929 una nueva escisión cuando se prescribía el ce-

³¹ PUNYKO, A.: *Bishop Theodore G. Romzha and Soviet occupation, 1944-1947*, Nueva York, 1967

ANGEL SANTOS HERNÁNDEZ, S. J.

libato para todos los nuevos sacerdotes del Exarcado. Los separados entonces forman hoy una diócesis cárpatu-ruthena, adherida al Patriarcado de Constantinopla. El Exarcado católico unido lo dirige hoy el obispo Nicolás Elko, y comprende una población de 220.939 fieles en el 1966³².

ANGEL SANTOS HERNANDEZ, S. J.

³² Véase *Oriente Cattolico*, Roma, 1962, 302-312, y SANTOS, A.: *Iglesias de Oriente. II. Repertorio bibliográfico*, 341-344, con cinco obras recensionadas; HADZEGA, Julius: «Die schismatische Propaganda in Karpathorusland», *Theologie und Glaube*, 1935, 70-78; LACKO, Michael: «The pastoral activity of Manuel Olsavsky, Bishop of Mukachevo», *Orient. Christ. Period.*, 1961, 150-161; SPACIL, T.: «Universitas Tyrnaviensis in Slovachia et catholici ritus orientalis», *ibidem*, 1937, 275-278; LACKO, Michael: «Die Udhoroder Union», *Ostkirchliche Studien*, 1959, 3-30; VRIES, G.: «Soppressione della Chiesa greco-cattolica nella Subcarpazia», *Civiltà Cattolica*, 1950, II, 391-400.